



✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 20-33

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús».

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre».

Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo».

La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Con este domingo iniciamos la semana de Pasión. Los textos de la liturgia, sobre todo los evangelios, nos van a ir presentando el drama interior que Jesús va a sufrir en su Corazón. Los sufrimientos físicos, pero también los espirituales y morales (sufrimientos del alma) que sin duda son los que más le destrozan por dentro. Una sucesión de acontecimientos provocados por las calumnias, mentiras y miserias humanas de todo orden van a dar con Él en el terrible suplicio de la Cruz.

La Iglesia nos invita a vivir estos días muy unidos e identificados con los sentimientos del Corazón de Jesús, para acompañarle y consolarle.

Para ello será bueno contemplarle, día a día, en nuestra oración, con el mayor amor del que seamos capaces, sufriendo con Él su Pasión.

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Papa Francisco)

En este quinto domingo de Cuaresma, el evangelista Juan nos llama la atención con un particular curioso: algunos «griegos», de religión judía, llegados a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, se dirigen al apóstol Felipe y le dicen: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12, 21).

En la ciudad santa, donde Jesús fue por última vez, hay mucha gente. Están los pequeños y los sencillos, que han acogido festivamente al profeta de Nazaret reconociendo en Él al Enviado del Señor. Están los sumos sacerdotes y los líderes del pueblo, que lo quieren eliminar porque lo consideran herético y peligroso. También hay personas, como esos «griegos», que tienen curiosidad por verlo y por saber más acerca de su persona y de las obras realizadas por Él, la última de las cuales – la resurrección de Lázaro – causó mucha sensación.

«Queremos ver a Jesús»: estas palabras, al igual que muchas otras en los Evangelios, van más allá del episodio particular y expresan algo universal; revelan un deseo que atraviesa épocas y culturas, un deseo presente en el corazón de muchas personas que han oído hablar de Cristo, pero no lo han encontrado aún. «Yo deseo ver a Jesús», así siente el corazón de esta gente.

Respondiendo indirectamente, de modo profético, a aquel pedido de poderlo ver, Jesús pronuncia una profecía que revela su identidad e indica el camino para conocerlo verdaderamente: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (Jn 12, 23). ¡Es la hora de la Cruz! Es la hora de la derrota de Satanás, príncipe del mal, y del triunfo definitivo del amor misericordioso de Dios. Cristo declara que será «levantado sobre la tierra» (v. 32), una expresión con doble significado: «levantado» en cuanto crucificado, y «levantado» porque fue exaltado por el Padre en la Resurrección, para atraer a todos hacia sí y reconciliar a los hombres con Dios y entre ellos. La hora de la Cruz, la más oscura de la historia, es también la fuente de salvación para todos los que creen en Él.

Continuando con la profecía sobre su Pascua ya inminente, Jesús usa una imagen sencilla y sugestiva, la del «grano de trigo» que, al caer en la tierra, muere para dar fruto (cf. v. 24). En esta imagen encontramos otro aspecto de la Cruz de Cristo: el de la fecundidad. La cruz de Cristo es fecunda. La muerte de Jesús, de hecho, es una fuente inagotable de vida nueva, porque lleva en sí la fuerza regeneradora del amor de Dios. Inmersos en este amor por el Bautismo, los cristianos pueden convertirse en «granos de trigo» y dar mucho fruto si, al igual que Jesús, «pierden la propia vida» por amor a Dios y a los hermanos (cf. v. 25).

Por este motivo, a aquellos que también hoy «quieren ver a Jesús», a los que están en búsqueda del rostro de Dios; a quien recibió una catequesis cuando era pequeño y luego no la profundizó más y quizá ha perdido la fe; a muchos que aún no han encontrado a Jesús personalmente...; a todas estas personas podemos ofrecerles tres cosas: el

Evangelio; el Crucifijo y el testimonio de nuestra fe, pobre pero sincera. El Evangelio: ahí podemos encontrar a Jesús, escucharlo, conocerlo. El Crucifijo: signo del amor de Jesús que se entregó por nosotros. Y luego, una fe que se traduce en gestos sencillos de caridad fraterna. Pero principalmente en la coherencia de vida: entre lo que decimos y lo que vivimos, coherencia entre nuestra fe y nuestra vida, entre nuestras palabras y nuestras acciones. Evangelio, Crucifijo y testimonio. Que la Virgen nos ayude a llevar estas tres cosas (Ángelus. 22.3.15)

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Han transcurrido las semanas de Cuaresma. Se inicia el tiempo de Pasión. Los textos de la misa van aludiendo con intensidad creciente al sacrificio de Jesús. Entramos en lo más santo y emocionante del año litúrgico.

En íntima unión con la Virgen, nos disponemos a sufrir con Cristo. Se inician doce días de Pasión que nos acercan al



sanctasanción, jueves, viernes y sábado de la Semana Santa. Doce días mirando a la Virgen dolorosa ofreciéndonos con Jesús que se inmola. Doce días con ansias de sufrimiento y amor.

Los evangelios de esta primera semana de Pasión –será siempre de San Juan– nos presentan a Jesús en medio de sus enemigos. Ayer como hoy, disputan con Él. Les parece demasiado austera y radical su doctrina. Tratarán de matarle. Como crucificarán a todo cristiano fiel y coherente con su vocación a ser otro Cristo.

-Madre –digamos a la Virgen- quiero ser hijo del Calvario, retoño de la cruz, parecerme a Él, ser en tus brazos otro Jesús que descansa, como Él, ese Viernes Santo después del descendimiento.

- **Si el grano de trigo no cae en la tierra y se pudre**

En la primera semana de Pasión resuena la frase de Jesús. Jesús va a caer y pudrirse para producir mucho fruto. Si no, habría «permanecido solo».

-Madre: que aprenda a caer en la tierra y pudrirme. Primero, caer en la tierra. Vida oculta con Cristo en Dios. Desaparecer en la monótona existencia de cada día. Perderme sin aparentemente hacer nada útil. Vivir de fe cierta y oscura, con esperanza firme y caridad entera, a lo Juan de la Cruz.

Segundo, perder el miedo a sufrir. Pudrirse es aceptar los planes de Dios sobre mí, por absurdos e irracionales que me parezcan. Vivir de fe en su providencia, aunque no comprenda nada. «En este trueque de amor, más que la entrega, es difícil, Amado, la aceptación. Aceptar sin un desmayo todas tus rosas en flor. Aceptar sobre mis ojos, sin temblar, todo tu sol. En este trueque de amor, no es mi falta, es tu abundancia lo que me asusta, Señor».

Perder el miedo a sufrir. Si seguimos paso a paso la pasión de Jesús, si meditamos estos días en sus sufrimientos, si cerca de la Virgen nos unimos en contemplación a Cristo doliente, nos parecerán insignificantes todas sus cruces. Nos apropiaremos la consigna de Santa Teresa: «Poned los ojos en el Crucificado, y se os hará todo poco» (Moradas) Sentiremos que ya no son cosa suya, sino de Jesús. Experimentaremos la unión con Él en dolor y sufrimiento lleno de paz.

-Madre: Tu lo sabes. Me espanta el sufrir. Quítame el miedo que tengo al ver a Jesús crucificado con todos los géneros del martirio: pobreza, abandono, deshonra, dolor, desamparo del Padre celestial. Él esfuerza mi debilidad y espanta mis miedos a sufrir. «Su poder resplandece en mi debilidad», repetiré con San Pablo. Virgen Inmaculada: enséñanos a contemplar a Jesús ofreciéndose en su pasión. «Ahora empiezo a ser discípulo de Cristo», puedo repetir con Ignacio de Antioquia. Ahora empiezo a sufrir y a amar. El miedo a sufrir desaparecerá en cuanto me identifique con Él.

- **Y, cuando fuese levantado en la cruz, todo lo atraeré a mí**

Mi debilidad, mi cobardía ante el sufrimiento, atraída por Él, transformándose en fuerza y valentía al verle crucificado por mi amor.

-Madre: que en estos días el amor me arrebate violentamente hacia Él. Cobardías, miedo y miserias desaparecerán.

- **Tres disposiciones**

Para contemplar con fruto la pasión de Jesús, pidamos, con el nombre de María siempre en el corazón, tres gracias:

1. **Paciencia silenciosa en el sufrimiento, en el trabajo, en el cumplimiento del deber.**

Le escupen, y no aparta su rostro. Ante Herodes, tratándole de loco, calla... «Pero Él nada respondía»... Se somete a Pilato, que le condena a muerte infamante. Sufre en silencio dolores, afrentas, soledades, desolación.

«Jesús callaba», dice el evangelio. Silencio triunfal, comenta San Agustín. Nada aprovecha tanto como el padecer y trabajar, y todo envuelto en silencio. «Jesús callaba.» La santa más crucificada del siglo XIX, María Magdalena Sofía Barat, convierte esta frase en manantial de su vida.

2. **Amor generoso para aceptar nuestra cruz**

Así nos unimos con Cristo. Los judíos temen no llegue al Calvario. Obligan a Simón a llevar la cruz. Cristo podía haber sacado de su divinidad la fuerza necesaria. Pero consiente en ser ayudado. Quería indicarnos que cada uno de nosotros debe ayudarlo a llevar la cruz. Él me dice: «Acepta esta parte que yo he reservado para ti en el día de mis sufrimientos.» Si Él personalmente se me apareciese, ¿me negaría a aceptarla? Cuando el sufrimiento nos oprima y nos suceda como a San Pablo, que la misma vida se nos hace pesada, miremos, como el Apóstol, a Aquel que se entregó por nosotros, unámonos a Cristo con más amor que nunca. Entonces la virtud y unción de su cruz se nos comunicará. Y encontraremos fuerzas, paz y alegría interior para sonreír en medio del sufrimiento: «Reboso de alegría en medio de mis tribulaciones.» (2 Co 12,10)

3. **Abandono filial en la voluntad del Padre**

Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace. En las pequeñeces de cada día o en los momentos decisivos de nuestra vida. Él sabe lo que nos conviene. Él lo endereza todo a nuestro bien. Amándole así, todo lo que nos sucede es bueno, lo mejor. Para los que aman a Dios, todo se convierte en bien. Dios tendrá cuidado de nosotros en la medida en que nos arrojemos, con todas nuestras preocupaciones, en el seno del amor paternal de su providencia bondadosa. Catalina de Siena, por su gusto, habría quedado toda la vida en su celda. El Señor la quería en medio de sus muchedumbres, de los ejércitos, al habla con papas y magnates. Como en todo esto no hacía sino abandonarse al beneplácito divino, Jesús la mantenía muy cerquita de sí.

Este abandono filial en la voluntad divina al encajar nuestras cruces, es la forma suprema del amor. La paciencia silenciosa y el amor generoso brotan espontáneos. Entonces la luz de la fe ilumina el alma en el silencio de la oración. Con claridades de cielo penetramos en el amor de Jesús que sufre. Te llenas de fuerza para ser portador de la cruz. No pierdes nunca la serenidad. Sabes que «no ha de faltar la cruz en esta vida si somos del bando del Crucificado» (Santa Teresa, Fundaciones).

PARA REZAR

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el Cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el Infierno tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor. Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas, y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera Cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera Infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.